

acábese esto, miren que les importa, y que el rey les ha de cobrar la deuda.

Estas voces de Gabriel de Espinosa hubieran alcanzado tan poco fruto como las del alcalde, á no ser porque los cuatro caballos, hábilmente manejados, y rompiendo por medio de la turba y girando en todas direcciones, llevaban consigo el atropello y la dispersion; y los hombres de la ronda de don Rodrigo de Santillana, y los de la justicia del pueblo, y algunos vecinos prudentes que apoyaban á la justicia, y parte de los estudiantes más sesudos, que apoyaban á cintarazos la palabra de paz de fray Miguel de los Santos y de los otros religiosos, zurrando de igual modo á los que se les ponian por delante, ya fuesen escolares ó vecinos, y la reflexion que pasado el primer momento empezó á obrar en todos, haciéndoles temer las consecuencias judiciales que debian necesariamente sobrevenir, todo esto junto hizo fuesen saliéndose de la pelea y escapando á sus casas una gran parte, y que por último, se terminase aquello y no quedasen en la plaza más que Gabriel de Espinosa con los otros tres ginetes, el alcalde don Rodrigo de Santillana con su ronda, la justicia de la villa con sus alguaciles, y los vecinos que la habian ayudado, y como unos sesenta estudiantes que rodeaban las imágenes del Niño Jesús y de la Virgen de las Azucenas, junto á la cual estaba todavía temblando de miedo doña Ana de Austria con su servidumbre, y los tres religiosos y los escolares que habian ido á su lado. Quedaban además acá y allá heridos, contusos y estropeados, que no podian valerse bien; pero por un casi milagro, á pesar de que la pelea habia durado más

de un cuarto de hora, no habia quedado en la plaza ningun muerto, ni ninguna persona gravemente herida.

VIII.

Satisfizose por lo pronto don Rodrigo de Santillana con mandar á su ronda prendiese á todos aquellos cojos y á todos aquellos roncocos que no habian podido escapar, y los llevasen á la cárcel, y despues de esta orden, que habia dado de una manera nerviosa, se volvió todo grave á Gabriel, que habia echado pié á tierra como los otros tres ginetes, y guiado por fray Miguel de los Santos se acercaba á doña Ana de Austria, que estaba todavía, mal repuesta del susto, junto á la imagen de la Virgen de las Azucenas, entre los escolares y demás gente, á la luz de algunas hachas de viento que alumbraban la escena.

—¿Y quién sois vos que pareceis forastero, y tambien habeis servido al rey? Decidme vuestro nombre, caballero.

—Más bajo, señor don Rodrigo de Santillana, dijo sonriendo afablemente y con grave mesura y con gran dignidad á la par Gabriel; yo no soy caballero, ni siquiera hidalgo, sino soldado que ha andado corriendo por esos mundos de Dios sus aventuras, y que viene á Madrigal, de donde fueron sus padres, para cobrar su herencia y ser pastelero en paz y en gracia de Dios, y al servicio del rey nuestro señor y de vuesa merced, señor don Rodrigo de Santillana; pero me habeis preguntado mi nom-

bre, y debo deciroslo; me llamo Gabriel de Espinosa.

—Pues por mi vara de alcalde y mi honra de hidalgo, que me parecísteis y me estais pareciendo mucha más persona de la que decís, dijo el alcalde que se sentia dominado por la mirada que tenia fija en él Gabriel de Espinosa.

—Me he tratado durante tanto tiempo bajo mi bandera y por tantos años con gente tan principal, que no hay que tener á milagro el que yo parezca más de lo que soy, porque se me haya pegado algo de la noble gente con que he vivido.

—Lo de soldado viene á explicar que parezcáis más que pastelero, dijo el alcalde; idos, pues, Gabriel de Espinosa, á reposar á vuestra casa, que ya vendrá tiempo en que yo hable más largamente con vos.

Gabriel de Espinosa, que habia estado sombrero en mano desde que le habia hablado el alcalde, despues de la refriega, saludó al alcalde cortésmente, se retiró algunos pasos con su caballo, montó, montaron los tres que le acompañaban, y al paso, se dirigieron á la pastelería, que estaba al otro extremo de la plaza.

IX.

Despues de esto, la justicia del pueblo fué por sí misma á la imagen de la Virgen de la Soledad, que habia quedado absolutamente sola, y la llevó á una iglesia cercana.

Los estudiantes, á la sordina, cargaron con el Niño Jesús y con la Virgen de las Azucenas, y se la llevaron á la iglesia de los agustinos.

Doña Ana de Austria con su servidumbre, con fray Miguel de los Santos, los dos religiosos y el alcalde don Rodrigo de Santillana, que la acompañó por respeto, se trasladó á su convento.

En la plaza no habian quedado más que vidrios y varales de faroles rotos, porque en cuanto á las velas, no habia faltado, á pesar del tumulto, quien se las llevase.

X.

Empezaba á amanecer, cuando el alcalde don Rodrigo de Santillana se volvia de acompañar á doña Ana de Austria y se encaminaba á la cárcel, incansable siempre, para tomar declaracion á los presos, murmurando por el camino:

—Este soldado, este pastelero, este Gabriel de Espinosa parece mucho hombre; bien podrá ser lo que él ha dicho, de habersele pegado algo de noble de su mucho trato con gente noble; pero aquella mirada, aquel hablar reposado que no parece sino que manda á quien sabe que es más que él... es necesario averiguar quién este hombre es, de dónde viene, y á qué viene.

XI.

Entretanto, doña Ana habia quedado profundamente impresionada; mientras Gabriel de Espinosa habia hablado, no habia dejado de mirarle con una atencion y con una ansiedad que hubieran hecho sospechar á don

Rodrigo de Santillana, si éste no hubiera estado tan dominado por Gabriel de Espinosa.

Doña Ana, que estaba enamorada hacia ya mucho tiempo de una manera ideal de Gabriel de Espinosa, se enamoró al verle más y más, fascinada por la majestad ó por la altivez que de Gabriel de Espinosa emanaban.

Parecióle hermoso y jóven, á pesar de estar envejecido por los trabajos; creyó ver en él mucho de régio, túvole sin una sombra de duda por el rey don Sebastian, y se decidió á arrostrarlo todo por él.

Doña Ana estaba más que enamorada: estaba loca.

CAPITULO IV.

De cómo se compuso Gabriel de Espinosa para desvanecer por el momento las sospechas de don Rodrigo de Santillana, y en que crece el misterio que rodea á este personaje.

I.

Aún no era el medio dia, cuando don Rodrigo de Santillana creyó que ya habia tenido tiempo Gabriel de Espinosa para haber descansado, y le envió un alguacil, mandándole que se le presentase inmediatamente.

Pero don Rodrigo de Santillana no habia descansado.

Despues de haber tomado algunas declaraciones á los presos del tumulto de la madrugada, habia llamado á los hombres más viejos de la villa, y les habia preguntado cuánto tiempo hacia que Gabriel de Espinosa faltaba del pueblo, y si habia habido algun motivo para que hubiese estado tanto tiempo ausente de él.

Averiguó de este modo que nadie sabia claro si Gabriel de Espinosa era hijo legítimo ó no de Juan de Espinosa y de su mujer Mari-Perez, ó si habia sido recogido del cajon de los expósitos de la iglesia mayor de